

LÓGICA DIALÉCTICA DE LA TRAGEDIA: REVOLUCIÓN Y GUERRA MUNDIAL.

Félix Duque

Universidad Autónoma de Madrid

Todos nosotros lo llevamos ominosamente en el nombre que distinguía otrora a esta parte de la Tierra de todas las demás comarcas y que ahora, al fin del milenio, está en trance de extenderse tecnoideológicamente por la haz del planeta: sólo una diferencia en la cantidad vocálica (imperceptible en la escritura) permite distinguir entre «Occidente» como *Occidens* (de *occido*), esto es: «el que mata» (de ahí términos como «occisión» y «occiso»), y como *Occidens*, esto es: «el que muere» (de ahí: «ocaso»; como es sabido, éste es el sentido genuino, procedente de la creencia egipcia en el viaje de la barca de Ammón-Ra). Es obvio que toda cultura humana ha estado obsesionada por el problema de la muerte (no la «natural» —si es que morir se puede ser conceptualizado como tal— sino la violenta, exclusiva del *homo necans*). Pero mientras que otros pueblos han integrado e institucionalizado, por así decir, la guerra en sus culturas (equilibrio cósmico, teoría del sacrificio, derecho de conquista por parte de un Pueblo Elegido de Dios, etc.), sólo Occidente ha intentado exorcizar el pavoroso espectro de la Guerra mediante proclamas de paz perpetua (acaban de cumplirse los doscientos años del opúsculo homónimo de Kant) en nombre de una Humanidad quiliásticamente unificada, reunida en una «república mundial» bajo los ideales de la libertad, la igualdad y la fraternidad, para cuyo fomento y promoción se erigieron las nuevas Tablas de la Ley, es decir, la *Déclaration des Droits de l'Homme et du Citoyen*, siguiendo el «otro» ideal de Hobbes, a saber: *homo homini Deus est*, siempre que se trate de ciudadanos de una misma Nación. La idea era pues tan sencilla como seductora: sólo una única Nación Mundial podría conocer finalmente ese estadio final de reconciliación y aún de laica divinización recíproca. Sólo que toda Apocatástasis (no en vano el nombre griego para «Revolución») presupone el Apocalipsis: el desvelamiento o la Revelación. Y los velos que esconderían la hermosa verdad, la cubierta que ha de ser retirada para que ésta resplandezca en toda su pureza (o sea, para volver al origen: al Paraíso Perdido, pero por la sola fuerza de la Razón) serían desde luego los de la desigualdad (hacia dentro) y la alteridad (hacia fuera de la Nación): los dos factores de discordia que era preciso exterminar violentamente para que nunca más hubiera violencia. De modo que la realización del Proyecto de Paz Perpetua y Universal exigía, primero, la guerra civil y luego, la guerra internacional. *Si vis pacem, para bellum*. La consecución de la paz podría acabar dando la razón —como recuerda Kant— al bamboleante escudo de una taberna holandesa, en el que la consigna «Hacia la paz eterna» se cernía sobre un cementerio.

Las buenas intenciones ilustradas se estrellaron en seguida con un problema exquisitamente metafísico: la desigualdad tenía que ver con el lado «natural» del hombre, fatídicamente anunciado por el *pólemos* heraclíteo, el Padre de todos los seres, que a unos hace dioses y a otros hombres, a unos libres y a otros esclavos. De ahí la distinta **calidad** o **cuantidad** de quienes poseían la tierra en virtud de su más alta sangre y de quienes, por ser de «baja estofa», sólo poseían su propio cuerpo («mano de obra», se decía) para enajenarlo y conseguir así sobrevivir, personal y familiarmente. El *instrumentum vocale* de Varrón y el **proletario** moderno aluden a esa doble función: servicial y reproductora. El hombre moderno creyó en cambio que esa distinción cualitativa podía y debía ser erradicada sometiendo las cosas a una homogeneidad **cuantitativa** (mediante la técnica, guiada por la física-matemática) y convirtiendo a los hombres en «átomos» independientes, idénticos sólo para consigo mismos, a cuyo servicio estaría todo lo «no-humano»: una amorfa extensión infinita, troquelada sólo según la **significación legal, contractual**, que esos átomos egoístas y calculadores dieran a sus «propiedades», protegidas e intercambiables de acuerdo a **derecho**. De este modo, por el artificio técnico-jurídico quedó metamorfoseado el antiguo «cosmos» en un **lenguaje bien formado**, una culta conversación entre «propietarios».

Quienes no se atuvieron a las reglas del nuevo juego -pegados como estaban en sus privilegios a la Naturaleza, y no a la Razón- quedaron inmediatamente demonizados como *Ancien Régime* y convertidos en «cosas» hostiles y doblemente naturales (para el burgués, la Naturaleza es siempre lo antiguo y, por ende, inservible) puesto que empleaban su entendimiento para no dejar escapar de lo natural a los trabajadores sujetos a su poder, el cual usaban por su parte para **gozar** ociosamente de esos frutos del artificio, degradándolos así, de nuevo, a cosas «naturales». Y es que si la plebe era, pues, la *canaille* (por su culpable minoría de edad, por empeñarse en seguir atada a lo natural por miedo a la muerte), los potentados: los Príncipes de este Mundo, eran **infames** y traidores, puesto que se volvían a atar voluntariamente al lado natural de su existencia mediante el aprovechamiento de los frutos técnicos de un trabajo que era ya una liberación potencial de esa misma naturaleza a la que satánicamente los potentados volvían. Una vuelta en efecto satánica desde la perspectiva ilustrada, porque la sujeción del pueblo se lograba no sólo mediante la fuerza física (contra ella podía alzarse fácilmente el trabajador, ya que su tarea consistía justamente en dominar lo físico mediante la técnica), sino mediante un refinado engaño: literalmente, mediante un «doblez». A saber: el miedo a la muerte natural (pero inevitable) se reforzaba mediante el aviso de una Muerte Eterna (evitable en cambio, redimible) a cargo de un Señor Absoluto (absoluto, por serlo tanto de los amos liberados de la Naturaleza como de los siervos de la gleba), el cual, por su muerte física en la Cruz, se habría liberado por completo de todo contacto con lo terreno (*noli me tangere*, diría el Resucitado a María de Magdala o Magdalena), mostrando así por su ejemplo lo que todo hombre debía cumplir: morir a la carne y ser por entero espiritual.

Pero los Príncipes de este Mundo -verdaderos monos de imitación quienes ya desde San Agustín eran considerados *similia Dei*-, en lugar de difundir ese mensaje de salvación (ahora hacedero en el mundo gracias a la conjunción de la tecnociencia, el derecho y el

principio protestante de la subjetividad infinita: en suma, gracias a la Modernidad o Tiempo Nuevo), lo utilizaban en su favor, consolando al pueblo fiel con la promesa de una Vida eterna, exenta de «trabajos» (ya es significativo que el término, en plural, signifique lo mismo que «sufrimiento»), y aterrizándolo a la vez con una Muerte ultrafísica y eterna - más allá de la muerte puntual-, destinada inexorablemente a quienes no siguieran las consignas que la Divinidad había depositado en ellos, los legítimos representantes y ejecutores del Plan Divino (una representación que ellos se arrogaban precisamente por haberse liberado de la tierra y del trabajo sobre ésta: por haberse «espiritualizado»). Y su satanismo consistía en detentar esos frutos del trabajo para consumirlos directamente, volviendo de este modo (en una involución a la que habría de oponerse la Revolución) a la animalidad a través de una mentida «espiritualidad» que sólo propagaban externamente, *pro domo sua*. La vieja coyunda del Trono y el Altar, de la espada y de la cruz, quedaba así desenmascarada por la Razón: los Príncipes (los Señores del Mundo) y el Clero (los representantes en este mundo del Reino que no es de este mundo) eran en realidad lugartenientes mundanos del Demonio, enfrentado a un Dios cada vez más incoloro: el *Etre suprême* de Robespierre, identificado a la postre con el lado triunfante de esa misma Razón que polémicamente se revolvía contra la doblez. ¡La Revolución fue vista como un cumplimiento aquí, en el *saeculum*, de la promesa cristiana de Redención! ¡Ella misma no era sino la necesaria secularización del cristianismo, el lado externo de un proceso comenzado ya interiormente mediante la Reforma!

Así fue vista exactamente la Revolución Francesa por parte de los ilustrados alemanes: como cumplimiento del «Destino supremo del hombre: el Reino de Dios en la Tierra» (Kant *dixit*). De manera que la gran operación a realizar era, efectivamente, una Revolución y una Revelación a la vez. Revolución, porque se trataba de hacer que el pueblo **reflexionase**, que tomase conciencia de lo que ya esencialmente era (en términos hegelianos: que fuese **para sí** lo que ya era **en sí**) y, de este modo, se revolviese violentamente contra quienes lo incurvaban no menos violentamente sobre una tierra de la que ellos mismos, por su trabajo, se «sentían» ya libres. Ahora se trataba de elevar ese difuso sentimiento a una razón clara y universal. Obviamente, quienes a través del manejo de máquinas habían liberado ya su cuerpo del contacto directo con la naturaleza, empleando para ello su propio entendimiento abstracto, matemático y cuantitativo, debían ser la «vanguardia» de los campesinos, demasiado pegados aún a los ciclos naturales del nacimiento, la reproducción y la muerte. Además, la Revolución conllevaba igualmente la Revelación, y en un doble sentido, ya que la Verdad ilumina igualmente su contrario: la Falsedad. Por un lado, la Revelación de la «muerte de Dios», es decir, del «Dios» Antiguo y ultramundano: el Señor escatológico que acechaba más allá de la muerte física y que se manifestaba en el mundo a través de la *communio* del alimento, o sea de una Naturaleza «negada», trabajada: el pan y el vino. De otro lado, la Revelación del «verdadero» Dios, ya no encarnado como Cristo en un hombre individual sujeto a trabajos y muerte, sino en el Género Humano en progresión constante: en una Humanidad que, al final de la Historia (un final que se veía ya muy cercano), se identificaría absolutamente con la Razón eterna. Una Humanidad igualitaria, sin clases (esto es, sin distinciones cualitativas) y desligada de toda sujeción natural (el Reino de la Libertad, dominador absoluto del Reino de la Necesidad, según se decía). Una Humanidad primero

solidaria, unida polémicamente contra el **infame**: el hipócrita defensor de la Naturaleza y sus rígidas jerarquías en nombre de un Espíritu que, incluso de acuerdo a la antigua y denostada Fe, debiera ser común y descender como lenguas de fuego (promesa de la lengua universal, racional) sobre la **ecumene**. Una Humanidad **socialista** lograda a sangre y fuego sobre los restos naturales: literalmente, contra la **superstición** (la **guerra final**, el Armagedón como «misterio doloroso» de la Humanidad). Y luego, al fin, una Humanidad **comunista**: el «misterio glorioso» de la Humanidad. La Revolución Francesa y la Revolución Rusa **debían** triunfar necesariamente, porque el Espíritu soplabla secretamente sobre ellas: **teología política**. Y la Gran Guerra sería la última, por ser la definitiva Guerra contra las guerras: la **muerte de la muerte**. Como declaraba el General Dumouriez a la Asamblea Nacional Francesa en 1791: «Las leyes constitucionales que estáis elaborando echarán los cimientos de la felicidad y la fraternidad de las naciones. Esta guerra será la última.»]

No lo fue, sin embargo. Y no **podía** serlo, porque esa Revolución-Revelación escondía una falacia, a saber: la identificación de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero esa identificación sólo podía cumplirse de un modo **abstracto**, no real, desde el momento en que la libertad era entendida como una liberación de los vínculos naturales, la cual «congelaba» y atomizaba a cada individuo como soberano en una **promoción absoluta de la existencia** (tal es el ideal liberal), y a la vez exigía contradictoriamente de los hombres que, una vez agrupados «en la lucha final» (para lo cual sí estaban dispuestos), disolvieran su propia identidad subjetiva en una igualdad que no podía ser sino cuantitativa, en cuanto surgida de los principios abstractos de la ciencia y del derecho modernos. Y a la vez, exigía de esos espíritus libres, presuntamente idénticos sólo para consigo mismos, que se convirtieran en «hermanos», todos ellos sujetos al nuevo Dios, o mejor Diosa: la Razón, encarnada en la «Madre» común: la Nación Una e Indivisible, como paso previo a su realización ecuménica como Humanidad (así vio Víctor Hugo a Francia-*Marianne*: como un femenino «Cristo» de mil miembros -con bayonetas- dispuesto a la transfiguración). Y es que, en realidad, la prelación de la *Déclaration des Droits* está invertida: primero hay que ser *citoyen*, y morir y matar por la Patria Republicana, y luego *homme*, y morir por la Humanidad y matar a quienes se empeñen en ser «hombres particulares», en vez de ser solamente el Hombre). De manera que la primera Tragedia (la lucha de la Libertad -la potencia ética- contra el Poder hipócrita que unía violentamente Espíritu y Naturaleza, Fe y sentimiento) se redobló en una segunda Tragedia: una conflagración universal en la que la Historia Mundial llegó a su culminación y final (bastante ridículo, como veremos).

En esa segunda y definitiva Tragedia (de la cual deben verse como preludios la Guerra Franco-Prusiana y la Primera Guerra Mundial, con su coda en la Revolución de Octubre) se enfrentaron recíprocamente, en un verdadero *bellum omnium contra omnes*, los tres Principios revolucionarios franceses, ahora hostiles entre sí al haber experimentado la íntima contradicción en que se apoyaban: la Libertad, es decir: la exigencia de que cada hombre fuera idéntico a sí y Señor de lo ente, puesto que había dado muerte -física o simbólica- a toda atadura natural; la Igualdad, es decir el mandato de que todos los hombres fueran iguales, o sea cuantitativamente intercambiables (lo que iba directamente contra la

exigencia liberal: ser exclusivamente un individuo); y la Fraternidad, o sea la orden de fundirse en un Estado-Nación, que, además, se quería absoluto: el único Individuo Universal, que habría de subyugar a todas las naciones, sujetas todavía a particularidades naturales: todavía no completamente mecanizadas. Esas tres fuerzas desligadas, furiosamente revueltas unas contra otras, eran el Liberalismo, el Comunismo y el Fascismo. Y si pudieron luchar a muerte entre sí, ello se debió a que, secretamente, se aliaron con el viejo Enemigo, dominado mas no muerto (la Naturaleza no puede morir: ella es la que nos da la vida y la muerte). Así, el Liberalismo prometió a sus adeptos el mismo privilegio que gozaba el Antiguo Régimen: el **consumo** de bienes naturales, transformados por la Máquina (sustituta con ventaja de los siervos de la gleba) y así ascendidos a trabajadores-accionistas; integrados, pues, interesadamente en el ciclo productividad/consumo. El Comunismo aseguró a las masas la tecnificación global del Mundo: el dominio de la Máquina universal, erigida triunfalmente sobre el cadáver de la Naturaleza, de manera que todo individuo fuera polivalente, sin nada ajeno y extraño a esa Unión del Proletariado: la Clase Universal. Y el Fascismo prometió, en fin, el dominio de unos Individuos, en cuanto encarnación concreta del Estado, ya no sobre bienes de consumo. o sobre las máquinas que habrían de producir automáticamente esos bienes, sino sobre todos los demás individuos que habían sido incapaces de transformar la Nación (algo todavía particular y diferenciado; en suma: algo natural, como señala el término mismo) en Estado realmente soberano.

Es más: esta neta lógica política tuvo también subdivisiones «impuras», diríamos, y por tanto condenadas a desaparecer en el torbellino de la Guerra Mundial. Así, una derivación del Liberalismo romántico, exaltador del individuo, se mezcló con el principio socialista igualitario, dando origen al **anarquismo**. Ese mismo Liberalismo, pero acentuando ahora el respecto **consumista** (lo cual implicaba una cierta «renaturalización» de la Historia, vista como un proceso de reformas paulatinas), se mezcló igualmente con el lado socialista del Comunismo (su lado negativo, «espiritual»), dando origen a la **socialdemocracia**. El Comunismo, por su parte, dejó a un lado la Libertad («Libertad, ¿para qué?», decía Lenin) y reforzó el igualitarismo con la fraternidad, inventando un Estado-Nación Redentor del Género Humano -al igual que la Francia-Humanidad soñada cuarenta años antes por Victor Hugo- y revistiendo industrialmente las esclerotizadas estructuras del viejo Imperio. Tal fue el modelo **leninista** del «socialismo en un solo país», consolidado luego por parte de Stalin al insuflar en él el modelo fascista de la opresión estatal sobre naciones «inferiores», no occidentales como se veía en cambio Rusia a sí misma: la Apocatastis del Ser de Occidente-; un modelo éste enfrentado con el **trotskismo**, que acentuaba más bien la conexión del igualitarismo con una libertad anarquizante y exigía una «revolución permanente», con el fin de no rigidificar e institucionalizar el Movimiento, convirtiéndolo en Estado (justo lo que pretendía y logró el stalinismo).

Por último, el Fascismo se partió al menos en tres fracciones: una, la más poderosa, repetía «hacia fuera», hacia las masas, la hipocresía del Antiguo Régimen, pero corrigiéndola y mejorándola notablemente con un «neopaganismo» glorificador del cuerpo -liberado del trabajo gracias a la máquina y abocado así a una delirante perfección «deportiva»-; un

paganismo (último reducto de una grecomanía teñida de colosalismo pseudoegipcio) que prometía consecuentemente, no tanto la muerte de la Naturaleza sino su transfiguración, aquí en la tierra, como Nación. En cambio, internamente se aliaba al principio socialista de la maquinización total: el Estado totalitario como unión monstruosa de la Guerra (el lado del trabajo revuelto contra sus propios productos: la abstracta furia de la destrucción total) y de la Máquina (el lado positivo del trabajo, desligado de todo lo natural por ser Artefacto puro). Por eso fundió en cada Individuo el lado revolucionario del Soldado Desconocido y el lado socialista del Trabajador. El resultado fue la *totale Mobilmachung*, la «movilización total»: o sea la conversión del Estado en una Máquina de Guerra a la vez «natural» y «espiritual»: tal fue el nacionalsocialismo.

La segunda fracción del Fascismo: el **fascismo Italiano** utilizó como «imaginario colectivo» como medio de conducción de masas, la Historia (no el «sentido de la Tierra», algo propio en cambio del biologicismo nacionalsocialista), fundiendo así míticamente el Estado-Máquina (recuérdense los ditirambos de los futuristas) con el Imperio, identificados ambos hiperrománticamente (¡lo que no deja de ser un resabio procedente del lado «espiritual» del liberalismo!) en la Voluntad de un Individuo: el **Duce**, el Artista supremo, capaz de transfigurar plásticamente a la Técnica (no es en absoluto casual que, mientras el *Führer* era un frustrado acuarelista de marinas y paisajes, el **Duce** soñó con ser Director cinematográfico).

En fin, el tercer tipo de fascismo, el *nacionalcatolicismo* franquista, fue el más duradero (al menos externamente) y el más impuro de todos, en el sentido de que no procedía como los otros dos, de principios revolucionarios; la única corriente que apuntaba en esa dirección: la **Falange**, (la cual mezclaba un liberalismo aristocrático -el ala derecha del orteguismo- con el fascio-socialismo igualitario italiano), fue ahogada de raíz, revistiéndose simbólicamente el franquismo con sus despojos, casi como si se tratara de un disfraz (atuendo, saludo, etc.), a la vez que importaba canciones y ademanes del nacionalsocialismo, adaptadas a la idiosincracia «racial» española: una ideología que hacía tabla rasa de la Historia al ligarse imaginariamente con Alemania mediante un común linaje bárbaro (el «visigotismo», cantado también por Ortega, con su culto a la «recia» Castilla), luego repetido y aumentado por el Imperio de los Reyes Católicos y de Felipe II con su doble victoria sobre el Infiel, o sea, sobre todo particularismo que se negara a ser «católico», universal; una victoria interior -caída de Granada, Inquisición contra todo brote erasmista y protestante- y exterior -batalla de Lepanto y sojuzgamiento de los Países Bajos-. En realidad, el franquismo fue una gigantesca maniobra de falsificación, ya que no se apoyaba ni en la libertad de conciencia (el principio cartesiano y nórdico, triunfante en la Revolución Francesa) ni en el maquinismo igualitario (la Revolución Industrial) ni en la fraternidad resultante de un Estado fuerte, aunque éste fue el único lado -herencia del centralismo borbónico- que de algún modo ayudó indirectamente al establecimiento del nuevo Estado Imperial, sofocando así de raíz los intentos de Cataluña y del País Vasco -naciones periféricas, liberales e industrializadas- de sacudirse la tutela anacrónica de un Estado míticamente identificado con Castilla. En realidad, el franquismo no fue sino la continuación de la dominación de la vieja oligarquía terrateniente (apoyada coyunturalmente por una incipiente industria de guerra) apoyada

por un Ejército todavía potente por estar encargado de la defensa de los últimos restos del imperio colonial (la Guerra Civil comenzó como una Reconquista al revés: una nueva invasión de moros y africanistas); todo ello, aliado con el más rancio catolicismo. De modo que bien se podría decir que el franquismo no fue realmente Fascismo: a lo sumo, «coqueteó» con esos principios (y mató en su nombre). Fascismo de guardarropía: mero **manierismo**. Su debilidad e impureza fueron paradójicamente, sin embargo, la clave de su duración. La España de Franco no necesitaba entrar en guerra con el Eje (en el fondo, no era «su» guerra), ni tampoco mereció de las Potencias Aliadas (una unión puramente coyuntural del Liberalismo y el Comunismo) el menor esfuerzo de «liberación». Tras un período de aséptica cuarentena, el franquismo se adaptó muy bien a la mezcla, de sabor típicamente americano, de Liberalismo consumista y de Maquinismo igualitario *sui generis* (por ejemplo: el **fordismo**), entrando francamente en liza en la Guerra Fría contra el único Enemigo: el Comunismo.

Bien, ya tenemos ante nosotros toda esta galería de «figuras de la conciencia», surgidas de los ideales revolucionarios decimonónicos. Todas ellas entrarán en lucha en la llamada «Guerra Civil» española, pero como en un territorio extraño, como descolgado de la evolución europea y occidental: la sangre vertida, absolutamente natural, el paisaje devastado, las ciudades bombardeadas y quemadas, si fueron abrumadoramente españoles (aunque el carácter internacional de la guerra pudo apreciarse a través de las Brigadas Internacionales -40.000 hombres- y del envío de tropas fascistas -270.000 hombres-). Pero las potencias éticas que intervinieron en esta Tragedia se habían forjado todas ellas en tierras extranjeras. La debilidad del Gobierno legítimo, el de la República, consistía desde luego en una apresurada importación, en confusa mezclanza de principios liberales y comunistas, con las ramificaciones a que hemos hecho alusión, a lo que hay que añadir el esfuerzo hiperrevolucionario de la «Última Guerra», que provocaba sobre la marcha ensayos de revolución social, teniendo que soportar además el Gobierno Central las tentaciones centrífugas de las autonomías catalana y vasca, las cuales (como las colonias americanas, con ocasión de la Guerra de la Independencia contra los principios revolucionarios franceses) veían en la República y luego en los inicios de la contienda, la ocasión de convertirse en Estados independientes. Como en las tragedias griegas, por lo demás, esas potencias éticas aprovechaban -astucia de la razón- las viejas rencillas «naturales» de un país «invertido», muchos de cuyos miembros decían matarse entre sí en nombre de altos ideales (República frente a Cruzada), cuando en realidad estaban llevando a efecto venganzas de familia o querellas por injustos repartos de tierra: era como si los Principios de la Revolución (los nuevos Dioses de la Edad Moderna) se sirvieran de periclitados modelos feudales para imponer a sangre y fuego un modelo luego exportable a otras naciones «irredentas». Y en cierto modo, así fue. La Guerra Civil española ha sido la última en Europa. Y hasta cabe aventurar -con base en los principios teológicos que he venido ofreciendo- que **no puede haber** otra Guerra Civil en Occidente. Al respecto, la Guerra de la Ex-Yugoslavia es algo completamente distinto a nuestra contienda, y se adecúa muy bien -como veremos- al nuevo tipo de guerra «posthistórica»: la guerra **étnica**. En Occidente, tanto la Guerra Civil como la Guerra Mundial han tenido ya lugar, para siempre. Son irrepetibles, como inútil es todo anhelo revolucionario, tras la caída del frágil andamiaje de ideas que recubrían el vasto

cuerpo feudal de la antigua Unión Soviética. Volviendo a la Guerra Civil española: quien se atreve a afirmar que lo ocurrido realmente tenía necesariamente que suceder así, corre el riesgo de ser acusado de subirse al «carro del vencedor» y de dar lanzadas al pobre toro muerto de las esperanzas republicanas. Ya se sabe que la Historia sirve para justificar como gestas los crímenes del vencedor y cubrir de oprobio al vencido. Sólo que quien así acusa confunde con demasiada facilidad la Lógica de la Historia (que es siempre trágicamente dialéctica) con una justificación moral (más bien, en ese caso, inmoral) e incluso político-religiosa. La Lógica no justifica nada: al contrario, deja al descubierto las contradicciones internas de sus propias determinaciones ideales y, apuntando al desarrollo de éstas, pone al desnudo desequilibrios hasta entonces imperceptibles y apunta así a nuevos conflictos. La Lógica dialéctica (si es tal, y no mera logística, que manipula desde fuera los datos para hacerlos entrar en un esquema preestablecido) no concilia al Mundo con la Idea. Todo lo contrario: puesto que la Idea lleva dentro de sí a la Naturaleza como su propio fondo (es la dominación y el aprovechamiento de ésta lo que le presta su poder), suscita el retorno de lo reprimido, metamorfoseado y crecido con tanta mayor fuerza cuanto más compleja resulta la explicación lógica. Si nos obstinamos en condenar lo sucedido y en alabar la victoria «moral» de los republicanos (con cuya causa tiende a identificarse el filósofo, ya que aquéllos eran tildados respectivamente de «Gente de ideas»), viendo en cambio en la victoria «real» de los sublevados (quienes se llamaban a sí mismos «Nacionalistas») un puro azar o el cumplimiento de un aciago Destino, nos negamos a nosotros mismos la posibilidad de «entender» esos lamentables acontecimientos y repetimos así la figura de la «conciencia desgraciada», la cual sabe que la Verdad está ya contenida en su corazón, pero existiendo en éste sólo *in absentia*; y mientras la realidad efectiva se niega a seguir esos cordiales dictados, esa conciencia se debate en el dilema 8-de alternativas igualmente estériles- de refugiarse en su inmaculado interior como «alma bella», negándose a actuar (con lo que se consume físicamente), o de luchar desesperadamente por «cambiar» el mundo y adecuarlo a lo que ella «siente» que debe ser, sin advertir que ella es ya, irremisiblemente, la «mala» conciencia de ese Mundo que pretende cambiar, de modo que la destrucción de éste conlleva su propia destrucción. Entre el cobarde e interesado acomodo a lo meramente existente (si pasó, es que tenía que pasar así) y el hosco rechazo de lo existente en nombre de lo que «debía haber» ocurrido (un deber ser puramente ideal, más sentido que pensado, pero que en cuanto «rechazo» es ya, también él, existente), la Lógica *analiza*, esto es, desarticula la supuesta consistencia, simple y maciza, de lo existente y presenta sus contradicciones en carne viva. **Pensar lo que es** no significa en suma justificar «lo que hay», sino desconfiar justamente de su apariencia **fáctica** para desenmascararlo como un complejo de ideas enfrentadas entre sí.

Por eso, la tarea del filósofo historiador es justamente elevar los sucesos al nivel del pensamiento, convirtiéndolos en eso que Kant llama, en **El conflicto de las Facultades**, *Begebenheit*, o sea: evento significativo, algo que corta la sucesividad «cronológica» del tiempo y dota de sentido el pasado, mientras deja abierto el futuro. Y «abierto» significa que serán irrepetibles tanto el acontecimiento como la lógica que lo explicaba. Sólo eso. El historiador no es un profeta, y la filosofía debe guardarse de ser edificante, según advertía

ya Hegel. Si desde el presente podemos explicar el pasado (no aceptarlo meramente, como un *factum brutum*), eso no es dárselo por bueno. Sólo la Lógica de la Historia permite juzgar a la Historia misma: no hay un «fuera» trascendente desde el cual condenarla o justificarla.

De acuerdo con estos prenotandos, podemos ahora argumentar la derrota del lado republicano del modo siguiente: las modernas Ideas de Libertad e Igualdad no eran asunciones determinadas de las relaciones vivas del pueblo español, sino abstracciones exangües que habitaban en los angostos límites de la conciencia de algunos intelectuales (y no sin estruendosas contradicciones dentro de esas mismas cabezas). Al respecto, en la Guerra Civil aconteció, por modo inverso, lo mismo que en la llamada Guerra de la Independencia, en la cual fue inútil la imposición desde fuera de una Constitución «avanzada», pero que en nada reflejaba el sentir y el modo real de vida del pueblo. Sólo García Lorca, con *La Barraca* paseando por los caminos de España, pareció darse cuenta de que lo importante era elevar el nivel cultural del pueblo, a fin de hacer que éste se reconociera en las «leyes y palabras» emanadas desde arriba, y no lanzar ditirambos a un «Pueblo» inventado y dotado de «Voces» al parecer primigenias e instintivas que el Poeta habría de devolver transformadas en Canto General (una atribución que no dejaba de parecerse, por el lado de las «izquierdas», al intento fascista de ver en el «Pueblo» la expresión -todavía amorfa y necesitada de guía- del macizo pasado de la Raza). Y sin embargo, incluso el valioso experimento de *La Barraca* tenía que fracasar, porque las Ideas surgen de la Naturaleza y vuelven luego a ésta, dominándola y articulándola, en vez de cernirse majestuosas en su Parnaso, esperando inmóviles que las relaciones naturales se pongan a su altura. Frente a esas Ideas importadas, sacadas artificiosamente de su base natural, la Idea de Fraternidad, con su apelación -en el fondo jacobina- a una España «Una, Grande y Libre», no podía sino mostrar su superioridad. ¡Extraña paradoja ésta: que la Fraternidad provocara una lucha fratricida! Sólo que el bando «nacional» expulsaba de su seno, y ponía de este modo frente a sí como Enemigo «demonizado», a los hermanos «traidores» que, vendidos al Extranjero, ultrajaban a la mítica Madre Patria. En un país basado fundamentalmente en el injusto reparto de las tierras, industrializado tan sólo en una periferia que, justo por ello, no se sentía solidaria con la Meseta y con Andalucía, los terratenientes entendían -no sin razón- que las nuevas Ideas encubrían en la mayor parte de los casos el simple intento de hacer cambiar de manos la propiedad, so pretexto de un cambio en el modo de producción que habría requerido de aquello que justamente faltaba en España: un «cirujano de hierro» que dirigiera sin titubeos -como en Rusia, pero también como en Alemania- el vuelco súbito de una cultura agrícola en otra de planificación industrial. Ciertamente, también los «nacionales» se cubrían con una capa en buena parte ajena e inadecuada: la del Fascismo; pero mientras se hicieron fuertemente refractarios -salvo en aspectos casi folklóricos- a la ideología del Eje (les bastaba y sobraba con la autóctona, mucho más efectiva a través de siglos de estricta educación católica y castrense), aceptaron en cambio de buen grado el refuerzo industrial bélico que les faltaba: el lado de la Máquina. En una palabra, dolorosa: la República fracasó en la guerra porque ya había fracasado antes, en la paz. No se pueden decretar cosas tales como: «España ha dejado de ser católica» sino, en el mejor de los casos, promover reformas tales que de ellas surjan sentimientos «laicos», susceptibles luego de ser aglutinados -conservados y

superados- en las correspondientes Ideas motrices. En realidad, la Muerte que triunfó en España era la vieja muerte «natural», aliada con el miedo a la Muerte eterna. En España no pudo entrar por entonces -ni expandirse como un vapor letal sobre las anquilosadas tradiciones y costumbres- la Muerte fría y uniformizadora del entendimiento burgués, que en los modernos Estados Nacionales había sujetado bajo su yugo a la primera muerte y hecho desvanecerse como pálida sombra a la segunda (o sea a la Muerte eterna del alma), a base de reforzar la autonomía jurídica y moral de los sujetos por el lado interior y de lanzarlos como productores maquinistas al goce del consumo por el lado exterior.

Por el contrario, en los campos planetarios de batalla de la verdadera «Guerra de Materiales» jüngeriana, es decir de la mal llamada Segunda Guerra Mundial (la Primera no había sido sino la liquidación de los obsoletos Imperios tradicionales, ya heridos de muerte desde las guerras napoleónicas), la partida hubo de inclinarse necesariamente a las fuerzas que impartían una Muerte «intelectualizada», tecnocientífica, la cual era a su vez la «reflexión» sobre la Naturaleza de las Ideas que habían surgido de su seno: la Libertad y la Igualdad. Estas se enfrentaban ahora ventajosamente a su antiguo *partner* revolucionario: la Fraternidad, encarnada en los Estados totalitarios del Eje. Desde luego, la ventaja consistía en la flexibilidad ecuménica de las primeras, frente a la rigidez y certazón del Estado fascista. Este tenía toda su fuerza justamente en la identificación mítica de los individuos con el Estado, encarnado a su vez en un Individuo señero: el Guía o Conductor. Pero todo individuo, sea singular o colectivo, está enfrentado necesariamente —en ello consiste su identidad- a otros individuos: ¡el Estado fascista había inoculado en sí a su mayor enemigo, a saber: el lado «romántico», excluyente, de la Idea de Libertad! De ahí que la alianza de las potencias del Eje —y de sus «satélites» fuera siempre precaria e impidiera una verdadera Alianza entre iguales (como ocurrió por el otro bando). El Estado fascista —al contrario del aglutinador Imperio Romano, no en vano forjador del Derecho abstracto— sólo podía aceptar coyunturalmente y por yuxtaposición el apoyo de las potencias que formaban el Eje (la verticalidad y unicidad designada por el término es bien significativa, en clara oposición a la metáfora siderometalúrgica de la fusión en Alianza de fuerzas dispares), al igual que únicamente podía dominar «desde fuera» a los países conquistados, haciendo uso del viejo **derecho de conquista**, propio de las «libertades germánicas», pero no fundirse con ellos una causa común y **ad limitem** ecuménica, lo cual iría directamente en contra de la idea misma del Estado, entendido como Individuo soberano que, o bien mantiene a raya -en su - a otros Estados, evitando así la «infección» de su pura identidad (recuérdese **El Estado comercial cerrado** y los **Discursos a la Nación Alemana**, de Fichte), o bien somete a su vez a otros Individuos colectivos, que dejan al punto de ser Estado para degradarse —justo por su sumisión— como *Naturvölker*.

La ironía de la identidad del individuo es siempre la misma: por serlo, tiene otros individuos fuera de él; pero cada uno de ellos cree que sólo él es realmente individuo: **fin en sí**, y que todos los demás deben convertirse en **medios** a él sometidos. De modo que ha de luchar contra todos los demás individuos. Ahora bien, si los mata ya no puede ser reconocido por ellos y deja entonces de ser él mismo un individuo. Y si los deja con vida ha de emplear

constantemente la fuerza contra ellos para que no se rebelen (con lo cual, toda su atención está puesta en los otros, y no en sí: de modo que deja igualmente de ser «individuo») o bien degradarlos al nivel de «útiles» en su provecho (pero entonces, tampoco es un verdadero «individuo», porque por las propiedades no se reconoce a un «individuo», sino sólo a alguien más o menos igual -en el plano cuantitativo de la posesión de riquezas-). De este angustioso *impasse*, propio de la «libertad teutona» ya denunciada por Hegel, sólo se sale «templando» esa excluyente Libertad individual mediante la Idea de Fraternidad. ¡Sólo que entonces se reproduce la misma dialéctica, ahora al nivel de la Guerra Internacional! Justamente para salir de esa vía muerta había propuesto Kant su imperativo categórico (absolutización expansiva en lo moral del principio jurídico de igualdad formal ante la Ley); el imperativo estaba enderezado precisamente a la disolución del «individuo», cuya primera y en el fondo única pasión es la «libertad externa», y -al ser puramente formal, y por tanto universal — **debiera** hacer que el individuo quedase sometido— degradado y demonizado como fondo «patológico»- a la **persona**, la cual ha negado reflexivamente esa primera libertad incurvándola sobre sí hasta hacerla «libertad interna»: respeto a la Ley; ese respeto es ya la simbólica Muerte (intelectual, formal y universal) de la muerte (individual, material y singular).

Frente a la Alianza de Libertad e Igualdad (que apunta a la disolución de las diferencias individuales, «naturales», en nombre de una abstracta Humanidad que acoge a todos los seres iguales, a todos los «congéneres», tendentes a **cosmopolitas**) tenía necesariamente que sucumbir la rígida conexión fascista —en el fondo imposible y autodestructora— entre Libertad y Fraternidad (propia irónicamente de los «hijos de la Patria»: recuérdese **La Marsellesa**). Definiciones contemporaneizadoras de la Nación, como la propuesta por José Antonio Primo de Rivera: —«España es una **unidad** de destino en lo universal»—, fracasaban por las mismas razones lógicas que habían llevado al descrédito al **Prototypon transcendente**, o sea al Dios de la Metafísica Moderna: la pretensión de unir en un mismo Ser lo Singular y lo Universal, sin mediación de lo Particular. Desde luego, el Fascismo atendió a esta indicación de la **Lógica** hegeliana —repárese, por ejemplo, en el hecho de que Giovanni Gentile fue Ministro de Educación de Mussolini, mientras que alguien llamado Theodor Haering fue un importante ideólogo del Movimiento— y sostuvo la tesis del Estado fuerte como aglutinador Particular (en él **participaban** justamente los ciudadanos, como miembros del Organismo político). Ahora bien, ese Particular sólo pudo funcionar **ad intra**, al revestirse de una particularidad **naturalmente** excluyente: el «Suelo y la Sangre»; hacia fuera, el Particular se tornaba de nuevo en Individuo: era imposible convertir pues en «silogismo» a ese «juicio infinito», con sus dos respectos absolutamente disyuntos: positivo hacia dentro (todos los miembros se identifican con el Estado único) pero negativo hacia fuera (no puede haber más que un solo Estado efectivamente soberano). Debíamos aprender de esta lección de Lógica Dialéctica: la debilidad del Fascismo ha consistido siempre en su intransigente exclusión de lo Otro, es decir en su anhelo de pureza de «casta», como se vio ya en España con la expulsión de los moriscos o en Alemania con la **Endlösung** de judíos que, por el lado burgués, intelectual y jurídico, se sentían absolutamente alemanes.

¿Cómo pudieron unirse en Alianza las potencias de la Libertad (la burguesía

anglosajona) y las de la Igualdad (la Unión Soviética), contra las de la Fraternidad excluyente (las potencias del Eje)? La operación fue sencilla, y eficaz; pero estaba basada en una falacia que salió a la luz antes incluso de terminar el conflicto. En primer lugar, esas Ideas se unieron mediante lo que Kant había llamado, en su lógica trascendental: «predicables», es decir, términos medios (*Mittelbegriffe*) que funcionaban de «conjuntores» sin tener un significado propio, autónomo (así era por ejemplo el predicable «fuerza» en Kant: un vínculo con dos «bordes», por así decir; de un lado expresión de la substancia, del otro impresión de la causalidad de aquella en otra substancia). La «fuerza» que cohesionó esas Ideas era, no por casualidad, el lugar de transformación, condensación y distribución polivalente de fuerzas: la Máquina, el florón de la tecnociencia. Recuérdese la definición leninista del socialismo: «la electrificación más los Soviets». También la América de Roosevelt podría haber dicho que el *New Deal* consistía en «la electrificación más la identificación de los trabajadores accionistas con la Empresa». Es cierto que Alemania conoció por su parte una febril industrialización en los años treinta. Pero esa industria estaba afectada -literalmente- por una particularidad: toda ella se hallaba orientada, como una «Astucia intelectual de la Naturaleza contra la Razón», a la «Máquina de Guerra», o sea, a un principio que niega abstractamente la función de la Máquina como «predicable»: justamente su papel mediador entre Libertad e Igualdad. Por el lado «liberal», la Máquina no es un mero conjunto de aparatos, sino una plasmación material del entendimiento abstracto, matemático, que por definición vive del libre intercambio de ideas y teorías. Y por el lado «igualitario», la Máquina es el resultado de la aplicación en el mundo físico de las categorías modernas de la tecnociencia, del derecho y de la economía libre de mercado. De ahí que una Máquina Alemana de Guerra contra todo lo No-Alemania (como si dijéramos: de un Individuo Particular que, en su delirio, se cree Individuo Universal y ha de sojuzgar por ende a todos los Individuos, sean singulares o particulares) fuera una *contradictio in adjecto*: una proposición que se autodestruye en su propia eficiencia destructora, al igual que lo haría un «Yo absoluto» —desde luego, bien poco fichteano— que intentara dominar desde su puntual universalidad a toda la pluralidad dispersa del No-Yo, es decir, a una naturaleza cualitativamente diferenciada. Basta un mínimo razonamiento para caer en la cuenta de que sólo entidades del tipo lógico de la «particularidad» (en las que entran también los Estados) pueden luchar entre sí con garantías de éxito por una parte y de supervivencia por la parte vencida, pues exponen astutamente hacia fuera su lado singular (los individuos, las propiedades y, en general, toda la trabajada multiplicidad natural, física), que es el encargado de matar o morir, pero resguardan hacia dentro el lado universal (sea en el nivel tradicional y pegado a la tierra: la reproducción familiar y las «leyes no escritas», o en el nivel jurídico: la obediencia a las leyes legítimamente promulgadas). De ahí el típico agolpamiento de la guerra tradicional en las fronteras, en las colonias o territorios sometidos o, en todo caso, fuera de las ciudades (que éste dejara de ser el caso en la Segunda Guerra Mundial, es lo que concede a ésta el siniestro privilegio de haber sido en verdad la única contienda realmente a la altura de la *Weltgeschichte*, como veremos). Así pues, al inicio del conflicto, la Máquina aliada del Liberalismo y del Comunismo se particularizó a su vez -en una *totale Mobilmachung*- como «Máquina de Guerra» frente a la «Máquina bélica» del Fascismo. ¡Pero con una

ventaja evidente por parte de la primera! En este caso, se trataba de una verdadera «particularización», o sea, de la **transformación** de una maquinaria polivalente, que podía atender a la vez tanto al mercado interior, «pacífico», como al exterior, bélico. Éste, el externo, podía sobrevivir con base en la expansión —o al menos conservación— del mercado interior, el cual estaba a su vez entretejido en una red mundial (garantizada en parte por las colonias, en parte por acuerdos comerciales internacionales) que garantizaba el suministro de materias primas (o dicho lógicamente: el entendimiento abstracto estaba firmemente anclado en una base natural, siendo los dos —cada uno en su nivel— universales). En cambio, la Máquina fascista era la exteriorización particular de un Individuo también particular: el Estado, el cual quedó vaciado de toda su substancia al volcarse en una guerra de conquista en la que él no podía asegurar —salvo por la fuerza— los recursos naturales que necesitaba para su expansión. En una palabra, el «predicable» Máquina de Guerra estaba ligado por el lado aliado a la Idea universal de Igualdad (la Naturaleza —incluyendo desde luego en ella a naciones satélites, protectorados y colonias—, vista como una fuente indiferente de recursos) y empleaba para cumplir su misión a singulares imbuidos de esa misma Idea (ya la entendieran como Humanidad liberal o como Sociedad Comunista): de esa doble relación, exterior e interior, sacaba esa Fuerza su fuerza. Por contra, el Fascismo no estaba ligado a un Mundo estratificado en los distintos niveles estatales, nacionales, coloniales, etc., sino que se enfrentaba —como un Individuo Particular literalmente **enajenado**— a ese mismo Mundo, convertido *eo ipso* por ese enfrentamiento en una serie inacabable de particularidades que podían ser ciertamente subyugadas, pero no persuadidas para que se unieran a una causa que **lógicamente** les era ajena. En suma: por un lado, las potencias aliadas mandaban a la muerte (activa o pasiva) a Singulares que se ligaban a la Universalidad de la causa (la salvación de la Humanidad) a través de Estados Particulares conjuntados a su vez recíprocamente por un «predicable»: la Fuerza Militar, que era la exteriorización «particular» de una Máquina en la que se unían Igualdad (lado universal) y Libertad (lado singular). Un doble silogismo, pues, en el que se aliaban el lado interior del Mundo (la toma subjetiva de conciencia) y su lado exterior (el aprovechamiento tecnocientífico de la naturaleza). Frente a ello, las potencias del Eje pueden exponerse como un juicio infinito, disgregado a su vez por sus dos lados en la «mala» infinitud de una sangría de la que resultaron millones de muertos. Especialmente llamativo fue el caso de Alemania: la Potencia del Centro olvidó el significado propio de Centro (el *Mitte* o **terminus medius** del silogismo), a saber: servir de mediación entre el individuo y lo universal. El «corazón de Germania», cantado otrora por Hölderlin, no paró mientes en algo que podríamos decir con palabras de Antonio Machado: «Poned atención: / un corazón solitario / no es un corazón. « Y ello, no sólo porque cada corazón necesite del reconocimiento de los demás en base a la sangre común que delata la pertenencia a un mismo Género, sino también porque en su interior no es el corazón sino el órgano de contracción y expansión del flujo sanguíneo, el cual procede a su vez de la asimilación de lo externo y ajeno.

Sin embargo, como ya advertimos, la Fuerza Aliada estaba basada en una falacia: la amalgama no era perfecta, y pronto los materiales comenzaron a mostrar en sus fisuras la fatiga a que habían sido expuestos. La Historia de la planetarización de esas fisuras, o si

queremos la conversión del doble silogismo en un nuevo y planetario Juicio Infinito, es lo que llamamos: Guerra Fría. Los Aliados se escindieron infinitamente en dos «Bloques»: el Este y el Oeste, entendiéndose éste unilateralmente como apropiación exclusiva y excluyente de algo que todas las partes en conflicto consideraban contradictoriamente como su «Occidente». Ahora, sólo el Oeste se veía a sí mismo, redundantemente, como el verdadero Occidente el Mundo Libre, mientras demonizaba a la otra parte (hasta entonces, no menos occidental) como Oriente: el Segundo Mundo. Mmm Fuera quedaba un gigantesco amasijo de pueblos «naturales»: el Tercer Mundo, por cuyo dominio competían los dos primeros en nombre de una misma Redención: la salida de éstos de su «estado de naturaleza» (una salida desde luego controlada y vigilada, pues la energía procedente de esa naturaleza era la base del crecimiento de los Bloques). Sólo que el sentido de esa «redención» era bien distinto en cada caso: conversión a la democracia parlamentaria y a la economía libre de mercado (en una palabra: a un **capitalismo** protegido), integración progresivamente mundial en una red de Estados centralizados, de partido único, y con una economía socializada (también dirigida y controlada).

Desde el punto de vista lógico-dialéctico, podemos decir que la escisión fue debida a dos modos antitéticos de entender la Particularidad: del lado del autodenominado «Mundo Libre», las tendencias liberalistas tendieron a desplazar paulatinamente el lado de la Igualdad (situada por lo pronto idealmente en el Cielo abstracto de grandes palabras como Humanidad o Cristianismo), ¡pero no para destruir la Igualdad, sino para llegar paradójicamente a cumplirla planetariamente a través de la libre competitividad de individuos agrupados en empresas **multinacionales**, mucho más eficaces para defender la Particularidad Fraternal (hermandad de los distintos factores de la producción, a través de una red descentralizada y polivalente) que los viejos y obsoletos Estados Nacionales: ¡la Idea revolucionaria de la «Última Guerra» se transformó así en la conquista mundial de mercados potenciales, que se iban uniendo a la red! Inversamente, el llamado «socialismo real», lejos de ir aglutinando a los distintos Estados en la soñada República Mundial de los Trabajadores, se enquistaba en diversos Estados-Nación bajo la égida de un Estado fuerte: la URSS, que parecía repetir la dominación fascista de las naciones por parte del único Individuo colectivo (un particular que se quiere universal, como modelo de la perfección a cumplir). Pero, en realidad, el sistema era más complejo: empezando por el «modelo», cada Estado introyectaba la dominación (en lugar de exteriorizarla, como en el caso fascista) sobre «naciones», o sea sobre elementos naturales, que sólo teóricamente eran consideradas como «repúblicas hermanas», y a las que se mantenía violentamente en estado natural, fomentando las disensiones étnicas y «respetando» astutamente las diferencias religiosas y de costumbres, en un «bucle» muy parecido al empleado por el *Ancien Régime*. Era como si la Técnica gozara *in situ* de los frutos de una dominación que habría de revelarse enseguida como esclerótica. Por un lado estaban, en efecto, las grandes obras de la planificación quinquenal realizadas «desde arriba» por la cúpula del Estado. Pero de otro se dejaban casi intactas las viejas y periclitadas estructuras, como si de una «incubación» se tratase. Como en el *daidolon* griego, hacia fuera se mostraba una brillante superestructura de pesadas obras industriales: siderometalúrgicas y petroquímicas. Pero se trataba de un mero revestimiento: hacia dentro,

el pulular de las etnias quedaba «petrificado» y sujeto, como si de un protectorado se tratase, al «aparato» soviético (fundamentalmente, el ejército y la educación).

Y a nivel internacional, el esquema se repetía: cada Estado-Nación (no cada Estado Nacional, en el fondo inexistente en ninguno de los regímenes socialistas: habría que hablar mejor, pues, de una yuxtaposición heteróclita de supraestructura estatal y de infraestructura nacional, en un sentido bien distinto al marxista) era visto como una suerte de protectorado «natural» (fuente de recursos y a la vez colchón defensivo contra el enemigo occidental) por parte de la Metrópoli: Moscú. Naturalmente, había aquí «Fraternidad», pero habría que entender ésta más bien en el sentido mítico de la monstruosa *Tiamat* del *Enuma-Elish* babilónico: una Madre común —identificada contradictoriamente con un Estado, el cual se concentra a su vez en el Politburó— que no permite crecer y desarrollarse en libertad a sus «hijos», sino que los mantiene violentamente en su seno, en un estadio fetal, y se aprovecha de sus jugos. Claro que esa dominación constituirá igualmente su debilidad, ya que de este modo no hay circulación de los fluidos, ni de los hermanos entre sí —el famoso Komekom fue siempre un pálido remedo del llamado «mercado libre capitalista»—, ni de éstos con la Madre: la circulación se estira en pura linealidad vertical, y el Estado soviético emplea esos excedentes para la construcción de gigantescas obras, no en vano caracterizadas por Karl Wittfogel como una repetición, corregida y aumentada, del «despotismo oriental». Un conjunto pues de particularidades depauperadas (aunque autoritarias hacia dentro), al servicio de una particularidad que afirma estar en trance de convertirse en lo Universal Absoluto.

Es evidente que este pesado esquema (que recuerda al de la estructura de los grandes dinosaurios, frente a la red **ganglionar** del capitalismo) tendría que venirse necesariamente al suelo en poco tiempo. Y ello, no sólo por las presiones de las «repúblicas hermanas», interiores a la Unión Soviética, así como de los movimientos de protesta exteriores —especialmente por parte de antiguos Estados Nacionales relativamente estabilizados antes, y sujetos al carro del vencedor como resultado de la Guerra (baste recordar los casos de Checoslovaquia y de Hungría)-, sino también y sobre todo por el esquema **abstracto** de dominación de la naturaleza, *ad intra*, y la carrera armamentística —astutamente fomentada por el Oeste y su modelo, los EEUU. Todo ello fue abriendo una brecha cada vez más pronunciada entre la industrialización superficial y la degradación profunda de los distintos pueblos componentes de la URSS, hasta que ésta se hendió en un gigantesco juicio infinito: la industria pesada sólo tenía ya sentido hacia fuera, como demostración y exportación de fuerza, mientras que por dentro se iba pudriendo todo el entramado socialista. Solamente China (y Cuba: un caso realmente *sui generis*) sobrevive al hundimiento del socialismo, ya que en este caso se procedió a una relativa descentralización de la producción, como en un remedo a un nivel muy bajo —pero suficiente para mantener una cierta relación flexible entre las distintas comarcas y el Gobierno Central— del esquema «ganglionar» capitalista. Sin embargo, la comparación no es del todo acertada: el esquema «neoliberal» del mercado libre es una segunda «navegación», una vuelta de tuerca con respecto a la dominación tecnocientífica y abstracta, propia de la Modernidad. Ahora, ese nivel es visto por el nuevo

esquema multinacional como «base natural». Por el contrario, el esquema de la productividad china sigue profundamente ligado a las estructuras tradicionales, ligadas al cultivo de la tierra, con una capa superior de servicios que revierte inmediatamente (como los comerciantes en la Edad Media europea) sobre las necesidades naturales de la población.

Según esto, ¿podríamos decir que ha «ganado» Occidente, el pomposamente llamado «Mundo Libre»? En absoluto. El nuevo Occidente (cada vez más escorado por demás, geográficamente hablando, hacia el Extremo Oriente: la costa oeste de EEUU, Australia, Japón y los «jóvenes tigres») se ha metamorfoseado, en virtud de la Guerra Fría, en algo difícilmente reconocible desde los valores —ahora ya, en su ocaso— del viejo Occidente (esto es: de Europa.) ¿Qué ha sido de los ideales revolucionarios de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad? ¿Cuál es su relación con la Naturaleza y con la Muerte? ¿Qué tipo de Guerra puede resultar de todo ello? Contestaremos a esta cascada de preguntas fijándonos en la última, ya que ella engloba a todas las demás. En primer lugar, hay que decir que es literalmente impensable una nueva Guerra Mundial, por la sencilla razón de que ya no existe el Mundo, en el estricto sentido filosófico del término. Como adelantó genialmente Mayakovski: «Todos los centros (*Mitten*) se han roto; ya no hay ningún centro (*Mitte*).» Ya en 1938, Heidegger advertía que, en la Modernidad, el Mundo se había transformado en una Imagen (*Bild*): mas no en el sentido de una «copia» o reproducción de un Modelo, sino en el de la expresión alemana: «über die Welt im Bilde sein», algo así como: «estar al tanto o al corriente del mundo». ¿Qué quiere decir esto? Los mundos apartados o separados de Occidente resultan integrados en éste, «des-alejados», mediante una red mundial de comunicaciones. Aparecen en nuestro mundo, pero sólo como «imágenes» que, a su vez, no corresponden a modos de vida distintos, sino que cada vez con mayor fuerza son preparados y manipulados para distraer el tedio del satisfecho hombre medio occidental, en su *american way of life*. Así, lo aparentemente ajeno se introduce en la cotidianidad, como «cortes» de ésta, paralelos a los de los *spots* publicitarios. Y a la inversa: el mundo propio (podríamos llamarlo en alemán: *Heimwelt*, la tierra circundante, familiar) resulta literalmente enajenada por la invasión no sólo de esos «mundos» supuestamente exóticos, sino también y sobre todo de los «mundos» prefabricados de acuerdo a un criterio *standard* de mediocridad, que revierte sobre la propia vida del nuevo Imperio: los EEUU, y banaliza y uniformiza profundamente a ésta. ¡El mundo propio, tradicional -y tradicional es, para los europeos, el mundo postrevolucionario- se va convirtiendo en «mundo ajeno», pero no se sustituye por otro Centro de dominación: ésta se ha gasificado y, al límite, **virtualizado**. El Mundo (eso que Heidegger llamaba «lo ente en total») se ha pulverizado en multitud de imágenes brillantes, particulares y literalmente **superficiales** (brotan electrónicamente de las pantallas de los ordenadores, de los vídeos y de la televisión), a las que falta todo centro **singular** y todo horizonte **universal**.

Si esto es así, ¿qué especie de Guerra es posible dentro de un Occidente que se ha diseminado por toda la haz de la Tierra? De la misma manera que Hegel, al analizar el asentamiento global del Imperio Romano y la consiguiente emancipación universal de los esclavos, señala que con el fin de la esclavitud terminó también la libertad «noble», heroica, así también —pero ahora a la inversa— con la expansión universal del modelo de la

subjetividad supuestamente libre (en realidad, «enchufada» mediáticamente a una miríada de comunicaciones que luchan entre sí por conseguir efímeros espacios de existencia virtual) han desaparecido los individuos libres. Lógicamente hablando, ya no hay Singularidad. Lo que vuelve ahora —y los **media** se apresuran a captar y difundir ese «cuerpo astral», ese aura inconsútil— es el espectro del individuo, que sirve de ejemplo negativo y premonición de lo que **no debe hacer el cyborg** protésico, postburgués, postindustrial, postmoderno y así toda una serie de postrimerías, y cuya imagen —entre exangüe y ominosa— necesita sin embargo consumir incesantemente —como una «naturaleza» mantenida en constante reanimación artificial—, para dar a su cuerpo cansado una sombra de identidad, para mantener un remedo de **memoria propia**. Este nuevo guerrero (o mejor: guerrillero) de una Libertad exacerbada, postsingular, esta deformada forma pseudo-lógica es el **terrorista**, cuando esta «siniestra» figura viene del «exterior», es decir, de los espacios salvajes que aún restan por dominar (y que por lo demás son mantenidos artificialmente en hibernación), o de «naciones irredentas» que en teoría aspiran —un tanto anacrónicamente, a la verdad— a convertirse en Estado, aunque su funcionamiento recuerda ya al del terrorismo organizado en Empresa Multinacional (cuyo modelo es, obviamente, la Mafia, también ella diseminada por el planeta, sin más centro reconocible —mantenido también él en «conserva»— que el de la nostalgia: la vieja Sicilia o la *little Italy* neoyorquina). Cuando, en cambio, esa figura se adueña del interior, o sea de los restos de la vieja conciencia: del «Yo», se transforma en **drogadicto** (dándose también, como es obvio, cruces entre las dos figuras, tanto por distribución mafiosa hacia fuera como por consumo interior). Es evidente por demás que contra esas figuras **hiperrománticas** (el refugio —deformado sarcásticamente— de la «parte maldita» de Bataille) es imposible luchar por parte del Orden. Es más: es indeseable la lucha, ya que esas figuras mantienen en circulación un caudal signico —y no sólo monetario— que cubre la radical ausencia de acontecimientos significativos (el último fue la caída de la URSS; ahora se busca ardentemente el final del régimen cubano, no en vano «exorcizado» —y a la vez integrado, hecho «familiar»— por un político vasco como paralelo al terrorismo etarra). La **liquidación de esas existencias** en el mercado de la imagen es tal que ellas son convertidas a su vez en imagen, para lo cual es preciso que «liquiden» físicamente a algunos buenos ciudadanos, recordando así que la Naturaleza está ya «dentro», y por ello es preciso un Orden (que a su vez vive de la promoción del desorden). Por ambos lados, **saldos** de la realidad (también hay rebajas **post-ventas**). Esto, por lo que hace a la conversión de la existencia **singular y libre** en una «existencia en plaza». **Bestand** llamaba en efecto Heidegger a esta anodina figura, sin advertir con todo los signos del nuevo tiempo: la necesidad de que ella se alimente mediáticamente con los desechos de individuos naturales, «purificados» en imagen y distribuidos por todos los canales de comunicación.

Ahora bien, ¿qué tipo de Guerra puede temer Occidente -o mejor: la Red occidental de comunicación y consumo electrónico de imágenes- por lo que hace a la idea de Igualdad? Obviamente, la resultante de la descomposición de tal idea en las potencias que antes se guiaban fundamentalmente por ella. Como ya señalamos, la URSS era una gigantesca y obsoleta trama de industria pesada (fundamentalmente aeroespacial y bélica), dirigida hacia fuera con fines de dominio y propaganda, que escondía una pluralidad de etnias, sólo

superficialmente «barnizadas» de la ideología comunista, y que ahora saltan violentamente a la luz del sol, agrupándose además, naturalmente, bajo una renovada y vieja Ideología sustitutoria, pero tan creyente o más que el socialismo en la Igualdad, con independencia de razas, etnias, lenguajes y tradiciones. Sólo una cosa pide esa Potencia Espiritual: la igualdad en la Fe. Una Fe, por su parte, dirigida a un Dios abstracto e impersonal, que sustituye en la postmodernidad al Dios europeo de la metafísica moderna: Alá. Por lo demás, la igualdad prometida es tan extensa (y, en este sentido, más eficaz para aglutinar a las masas que el cansado subjetivismo moderno, al borde de la extinción) que unifica Cielo y Tierra, orden religioso y orden político, como si fueran dos espejos enfrentados. En ellos, se difumina por entero el individuo, completamente intercambiable, pero ahora no como signo de una mercancía (o de la «fuerza de trabajo» que la produce), sino como signo de ese Dios abstracto, verdaderamente «comunista». El Islam sustituye así con creces al viejo socialismo, que se había empeñado en la misma carrera que el Oeste, pero manteniendo la ficción del Estado-Nación. En cambio, la nueva-vieja Fe (que poco tiene que ver con la refinada civilización islámica de la Edad Media) empieza también a introducirse en el corazón del Sistema: quistes inasimilables de las grandes metrópolis en Europa y los EEUU, cruzando su figura con la del terrorista, y amenazando así por dentro y por fuera —como fanático bloque de los desheredados de la Tierra, mantenidos y apoyados económicamente, con todo, por los dueños del petróleo— con la invasión de Occidente... gracias a la fuerza de las armas vendidas por el propio Occidente. Tal la figura de una nueva y más poderosa Muerte abstracta, que ha vencido a su modo el miedo a la muerte natural, «física», y utiliza esa energía en su favor. El Islam no tiene nada que perder, ni siquiera sus cadenas, porque no está formado de individuos (tal como nosotros los **entendíamos**), sino sólo de masas enfervorizadas, deseosas de morir por el Islam y de matar cuando el Santo Nombre sea profanado (recuérdese el *fatwa*, inoculado como una sutil enfermedad viral por las venas telemáticas de Occidente). Y sin embargo, de nuevo, crece la sospecha de que el propio Occidente necesita de este riesgo permanente (el cual fomenta, en secreto, o abiertamente: piénsese en los asentamientos judíos en territorios palestinos) para poder sentirse, siquiera **simulacralmente** (Baudrillard *dixit*), como imbuido todavía de un ideal de Igualdad, cada vez más espectral e inane (las proclamas sobre el Género Humano, la Declaración de Derechos, la necesidad de poner orden en los desmanes de pueblos atrasados, etc.). En verdad, algunos intelectuales hodiernos comienzan a manifestar públicamente su franca admiración ante esta vitalidad salvaje, frente a la espectralización de los ideales de Occidente, y piden -con buen tino- una inoculación cultural del «veneno» islámico, el cual, como el *pharmakón* griego, pueda hacernos relativamente inmunes a la temida (e inconscientemente deseada) invasión y a la vez suscitar en nosotros una renovada Vida del Espíritu (Trias *dixit*).

Y por último, ¿qué se hizo del ideal de la Fraternidad, de ese «término medio» particular que, en cuanto Estado-Nación (un término que en su propia composición señala ya esa mediación entre lo universal y el individuo), permitía las guerras internacionales entre los países «civilizados» y a la vez, por implosión, generaba Guerras Civiles en pugna por la consecución de un determinado tipo de Estado? Como apuntamos antes, si la propuesta dialéctica aquí esquemáticamente expuesta tiene visos de plausibilidad, entonces la Guerra

Civil española fue realmente la última. No puede haber más, porque tras la Guerra Mundial y la Guerra fría la propia idea de Estado (junto con la de Humanidad y la de Individuo libre) ha periclitado. Lo que ahora encontramos —como fenómeno tan reciente que debemos importar para él un americanismo: **etnicidad**— es la conversión de los particularismos, otrora estatales, en **etnias**. Este complejo colectivo no designa simplemente una agrupación racial (de hecho, casi todas las etnias están mezcladas), sino una conjunción —no por difusa, menos eficaz simbólicamente— de creencias, tradiciones y estructuras de parentesco relativamente comunes, y que constituyen los restos o desechos de los flecos de los viejos Imperios (casi como islotes a la deriva, tras el naufragio general de éstos). Ciertamente, muchas de estas etnias (sobre todo las resultantes de la descomposición de la URSS) caen en la órbita igualitaria y universalista del Islam. Pero otras —por caso paradigmático, las que constituyen el magma actual de la Ex-Yugoslavia— se aferran a su particularidad (sostenida y fomentada a distancia, desde luego, por Estados Nacionales supervivientes, o al menos su sombra, como es el caso de la relación de Serbia con Rusia) y luchan entre sí, intentando aniquilar a un contrario que se encuentra diseminado casi **microfísicamente** por entre el tejido (ya hoy, la maraña) de las distintas etnias, confundidas —voluntaria o viomentamente— entre sí por la voluntad de un Individuo para hacer de ellas un Estado (importación del culto fascista a la personalidad poderosa, dentro del socialismo: como fue el caso de Tito). También es obvia al respecto la impotencia de las sarcásticamente llamadas «potencias» occidentales para resolver este conflicto. Y no sólo por la dificultad intrínseca que acarrearía su finalización (los ejércitos de la ONU pueden limitarse, a lo más, a separar a los contendientes: pero el odio pervive entre ellos, aumentado si cabe), sino porque se aprovechan (Occidente lo aprovecha todo, y sobre todo la violencia mortal) de ese terrible estado de laceración del tejido social, primero, para seguir manteniendo sus áreas de influencia; y en segundo lugar, para que escarmienten en cabeza ajena (todavía) los viejos Estados Nacionales que, como España sin ir más lejos, ven peligrar su identidad y soberanía (cada vez más exangües, como debe ser en este Fin del Mundo) por el auge de los separatismos en su seno.

Y fuera en fin del circuito propiamente vetero-occidental (si me es permitida la expresión) quedan los jirones, hechos pedazos, de las viejas colonias, «emancipadas» graciosamente tras la Guerra Mundial y convertidas en Estados que sólo teóricamente pueden llamarse así, y que ahora se entregan a crueles guerras interétnicas (las cuales, como en la Ex-Yugoslavia, no dejan de estar hipócritamente alentadas por las «grandes potencias» que están ya al servicio de las multinacionales del armamento), mientras los occidentales oscilan entre el espanto, la gratitud por no ser negro y africano (con la consiguiente sumisión al Orden, para evitar la invasión de estos seres desesperados), y un secreto regocijo morboso por la contemplación mediática del Gran Espectáculo de la migración forzosa de millones de personas, por las matanzas puntualmente servidas por los media y, en fin, por la conversión de la Muerte en el único espectáculo que todavía puede excitar al descendiente de los revolucionarios que cantaban La Marsellesa por las sendas de Europa en nombre de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

Para poder explicar, empero, con algo más de rigor esta complejísima pulverización de imágenes entrecruzadas (**simulacros**) de mundos, las cuales remiten a una ya raída Imagen del Mundo, que a su vez, como puro **signo** «que no apunta a nada, indescifrable» (valga aquí esta usurpación de las palabras de Hölderlin, que otro sentido abrigaban) había perdido ya por su parte todo referente «externo» (esto es: había perdido ya el Mundo sin que el buen burgués se diera cuenta de ello), me temo que no nos valgan los dos lados de la comprensión típicamente vetero-occidental: exteriormente, la Historia Mundial (ya no existen ni la una ni el otro), e interiormente la Lógica. Y sin embargo, quizá la deformación a que he sometido (como en un mohoso espejo) a tan augusta disciplina en su versión hegeliana (al fin, custodia del Lógos, que ya estaba en el Inicio y nos debiera congregar apocatástica y apocalípticamente al Final de los tiempos) pueda servir todavía para aproximarnos *pedem aliquantulum* a esta candente confusión del Confin de la Modernidad, ahora que estamos al borde del fin de un Milenio que ha perdido todo sabor —y todo saber— **quiliástico**. Ya no es posible decir, con Virgilio: *sunt lacrimae rerum*. ¿Los simulacros lloran?

Lógica dialéctica de la tragedia: Revolución y guerra mundial

Dialectical logic of tragedy: Revolution and world war

Resumen. *A partir del replanteamiento de la función que cumple la "Lógica de la Historia", no como una justificación del estado de cosas, sino por el contrario, como una manera de comprender más profundamente el devenir histórico de la humanidad. El autor analiza las distintas contradicciones y falacias subyacentes a los ideales que impulsaron la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad. En segundo lugar, describe el surgimiento de los más importantes movimientos políticos del siglo XX. Y, finalmente, intenta desentrañar el sentido de las diversas guerras mundiales, entendidas siempre como confrontaciones de los ideales contradictorios que orientaron la revolución antes mencionada.*

Summary. *According to the author, the role of the so-called "Logic of History" is to easy a deeper understanding of the human historical events, and not merely to justify the situations. He studies the contradictions and fallacies underlying the ideals of the French Revolution: Freedom, Equality and Brotherhood. He also describes how the most important parties of the twentieth century arose. And finally he intends to clarify the meaning of the world wars, always taking them as confrontations of the mentioned ideals.*

Palabras clave. *Lógica dialéctica, guerra mundial, Revolución Francesa.*

Key Words. *Dialectical logic, world war, French Revolution.*